

La niña en la palomera

En el "programa" de *La Niña en la Palomera*, Fernando Cuadra narra el cómo y el cuándo de la gestación de su obra. Es un relato que impresiona por la honradez de la exposición y porque, en cierto modo, permite una aproximación exacta de lo que es un dramaturgo en nuestro medio. Cuadra dice:

"...pienso que es urgente protestar y denunciar; yo sólo sé hacerlo a través de este lenguaje vivo y funcional que es el teatro. No conozco la aguda sabiduría del político ni del experto en análisis sociológicos; no capto la sutil lucubración del sicólogo o economista; no me siento con autoridad para bucear en la contextura moral de quienes me rodean. Sólo sé expresarme por medio de creaturas que un día alzarán su voz para "dramatizarnos" su conflicto sobre un escenario".

Cuando terminó la representación, volví a leer el texto de Cuadra en el programa. Era evidente para mí, que había sucedido algo entre ese impulso inicial, y el instante en que dio por terminada su obra dramática. No es un hecho casual. A todos los autores chilenos les ha sucedido en mayor o menor medida y, aún cuando la lealtad con la obra literaria nos impide, al momento, reconocer el salto al vacío en que caímos, él existe y malogra las mejores intenciones.

Porque *La Niña en la Palomera* que principia siendo un cuadro vivo y de interés ambiental, con un personaje protagónico vital, a medida que va avanzando en su trama se va transformando en un drama convencional, recargado de lugares comunes, de escaso interés dramático.

Lo dicho bastaría para descartar la obra y reducir la crítica a cuatro párrafos. Ha habido críticos que han obrado así, desdeñando un trabajo de creación que se advierte intenso y arduo. Es, por cierto, el camino más fácil. Aquí, en *Mensaje*, donde ninguna obra literaria honrada —y ciertamente *La Niña de la Palomera* lo es— puede ser tratada con desdén, intentaré el camino difícil del análisis.

Estimo que Cuadra no fue consecuente con su planteamiento del programa. Él se denomina un mero dramaturgo y dice no conocer las funciones del político, del sociólogo, del moralista o del economista. Esto presupone una forma de acercamiento a la realidad, forma que rechaza todo prejuicio. Escribir, escribir teatro, novelas, cuentos o poemas, es una forma de conocer la realidad, ahondarla, conformarla y extraer de ella una obra literaria. Los políticos, los sociólogos, los economistas, los psicólogos, los moralistas, que son hombres de acción, encontrarán en ella, si es válida, material para su actividad. Pero Cuadra no me parece haber ahondado con actitud desprejuiciada en la realidad que muestra. Ha querido, políticamente, protestar y denunciar para ayudar a cambiar "*una estructura social que conoce y sabe cuál es la solución*". Ha juzgado como moralista: "*Vivimos en un mundo que cada día renuncia con mayor facilidad imprudente al amor y, en su reemplazo, busca los sustitutos menos nobles*". Hace un diagnóstico sociológico previo: "*Y en medio de la guerra y una paz en crisis permanente, no es menos importante la desintegración del hogar y sus consecuencias inherentes*".

Yo comparto todos y cada uno de los asertos que Cuadra plantea en el programa. Nuestra discrepancia estaría en que no es posible partir de ellos para hacer ni una obra teatral, ni una obra literaria cualesquiera, lo que no significa que ellos no se pueden desprender naturalmente de la obra, a posteriori. ¿Por qué? Simplemente, porque en esa forma y con ese método, se

condiciona a la obra. Y, en vez de reflejar una realidad fresca y directa, pasa a ser la ilustración de una posición intelectual. Los personajes quedan, así, limitados al imperio no de sus necesidades vitales o de sus experiencias, sino de la necesidad que el autor tiene para acreditar la tesis que previamente ha trazado.

Y en *La Niña en la Palomera* se nota este esfuerzo. Son admirables algunos rasgos de la protagonista. Es un personaje bien observado, al que el autor se acerca con cariño. Ni siquiera es totalmente simpático. Es vital. Pero el personaje central está rodeado por otros. Y esos otros sí están condicionados. El autor ha partido del hecho que la protagonista, paradigma de la joven adolescente de la clase media chilena, se ha de prostituir por falta de amor. Y le crea un padre, que aparece en el escenario para ilustrar bastamente esta ausencia de amor. No es un ser humano, no es un personaje teatral. Es simplemente una ilustración de un ser alcoholizado y brutal en el que nunca se asoma un rasgo de humanidad. Está ahí para cumplir una función, necesaria para llegar a la conclusión previamente trazada. Y lo que se dice del padre, se puede decir de "El chofer", "La amiga", "La vecina", "La mujer del chofer", "Daniel" y "La Patota". Cada uno de los personajes existen para ilustrar la tesis que previamente ha sustentado el autor y, por eso, la obra toma un carácter convencional; por eso los personajes resultan acartonados; de ahí nace, por lógica necesidad, el lugar común; de ahí, también, principia a mermar el interés dramático.

Sé muy bien que a este argumento se podría enfrentar la muy fundamentada protesta de que el teatro universal está repleto de obras de valer en que esta predestinación de los personajes a tomar determinadas posiciones de acuerdo a una idea previa del autor, se encuentra ejemplarizada. Y no faltará el recuerdo de la tragedia griega. Pero, para aclarar nuestro concepto, digamos de inmediato que en esos casos el personaje teatral tiene una personalidad propia, individual, insustituible, lo que no sucede en *La Niña en la Palomera* donde los personajes pretenden encerrar en su corporeidad rasgos y características propias de un conjunto de personas, pero fallan en darnos su propia dimensión humana. Esto es tanto más perceptible, cuando se compara el personaje de "La niña" que tiene esta individualización, con el conjunto que la rodea.

No ha habido, pues, a mi juicio, iluminación ni ahondamiento de la realidad. No ha habido búsqueda de los por qué de una situación verdadera de la que el autor se impuso por los periódicos, simplemente, porque el autor ya tenía estos por qué. Y, así, actuó, más que como dramaturgo, como político, sociólogo, moralista, profesor.

Caben, además, algunas otras consideraciones: la ambientación. Los autores chilenos están abusando de este recurso. Se trata de pequeños detalles, de modis-

mos del lenguaje que producen un acercamiento a "la realidad". Pero, cuando estos recursos no van unidos a una posición de los personajes que detenten una verdad íntima, terminan dando fatalmente un tono superficial, pintoresquista y hasta de irrealidad a la obra. Tal vez en esta acentuación de "la ambientación" encontremos la explicación de por qué tantas obras chilenas cuyos primeros actos resultan atractivos y prometedores, se van deshilvanando a medida que transcurre el tiempo de la representación para terminar con la indiferencia del espectador. En *La Niña en la Palomera*, se abusa de este recurso adicional produciéndose escenas que de ser suprimidas de cuajo, alivianarían a la obra, sin hacerle perder nada del contenido que su autor pretendió darle. Me refiero en forma especial a las escenas de "la vecina", con su fácil pintoresquismo.

Y lo anterior me lleva a una consideración de orden general. ¿Es "la realidad" lo que nos muestra Cuadra en su obra realista? ¿Es ésta la realidad, o sólo su fachada, su capa de pintura, su expresión insustancial? Leyendo a autores extranjeros no realistas, acercándonos a Pinter, a Dürrenmatt, a Weiss, a la novísima generación de dramaturgos norteamericanos o a los ya pasados de moda del teatro de absurdo, tenemos la impresión de estar más cercanos a la médula de la realidad, que la que los autores chilenos (y no me excluyo) insisten en mostrarnos.

No es extraño, por lo demás, que así ocurra. Vivimos en un medio aculturizado, urgido por necesidades vitales. Este medio parece pedir al creador artístico lo mismo que le pide al político, al sociólogo y al economista. Y el escritor se siente, a su vez, tentado a la acción directa. Ello crea una distorsión y un empobrecimiento de la creación literaria. Y no es que abogemos por "una torre de marfil" para el escritor, sino, muy por el contrario, pedimos que él se suma en su realidad, en su experiencia, en su medio, para extraer una verdad más diáfana y limpia que las aproximaciones de las estadísticas, la generalización de las encuestas sociológicas o la intelectualización de un esquema político.

La representación de *La Niña de la Palomera* intentó, dentro de lo permisible, salirse de los marcos naturalistas de la pieza. El tratamiento que Colina dio a "La patota", la forma cómo enfrentó algunas escenas lograron en alguna ocasión, producir impacto dramático en el espectador. Para ello, contó con la notable colaboración de Bernardo Trumper que, obra tras obra, da testimonio de su talento y rigurosidad como escenógrafo e iluminador.

En la interpretación, destacó María Eugenia Cavieres, justamente, porque su papel permitía el matiz. Los demás intérpretes debieron tropezar con un texto demasiado seco y estereotipado como para teñir de verdad a sus personajes.